

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



El Angel del Señor anuncia la Resurrección del Divino Redentor

¡Resucitó!.....

A la vida se enfrenta la muerte, que es el pecado.... A la muerte se enfrenta la vida que es la virtud practicada en Cristo, con Cristo y por Cristo!.....

Y si con Cristo hemos vivido, morir no es morir, porque entonces morir—morir con Cristo—es vivir eternamente!.....

ELADIO PRADO.

CONTENIDO:

	Página
La Ciudad de Liberia	17
Imitación de Cristo.—La alegría de la buena conciencia . .	19
La señorita Berta Graciela Víquez	19
El Tribunal del Sanedrin	20
La Venerable Madre María de Santa Eufrasia Pelletier (Fundadora del Buen Pastor de Angers)	21
Cartas a un obrero Concepción Arenal. (Sexta carta)	22
La Resurrección del Señor . . . P. Alberto de los Bueis.	23
Interesantes discursos de la Conferencia de la Unión Social del Uruguay	25
Surrexit Dominus Sto. Tomás de Villanueva.	26
Silencio Santo Julio Flores. (Selección enviada por la señorita Mariana Salazar M.)	26
Curso de Corte Sara Casal Vda. de Quirós.	27
Recetas de Cocina Digna Casal de Solari.	28
Almas Recias (Novela)	29

Doña Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

Ha recibido bellísimas guirnaldas, ramitos y cordón de azahares última novedad. Malín finísimo de 3 yardas de ancho, para novia.

Fajas de cuero estilos variadísimos. Chuspas de fieltro.
Inmensa variedad de botones. Pajas para sombreros.

¡ESPERESE!



No se conforme con volverse loco cuando tenga un dolor de cabeza, o de cualquiera otra clase. Acuda a la

CAFIASPIRINA

y verá que en un momento le da completo alivio, le devuelve las fuerzas y le proporciona un saludable bienestar sin afectarle ni el corazón ni los riñones.

"Si es BAYER es Bueno" →



DIRECTORA:

Sara Casal v. de Quirós

Apartado 1289

Teléfono 3707

OFICINA: 126 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la
Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 16 de Abril de 1933

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

La Ciudad de Liberia

Una magnífica escuela de dos pisos, tiene como unas 50 varas de frente por 100 de lado; este es uno de los edificios que embellecen más la ciudad. Es escuela mixta.

La Gobernación es una casa grande frente a la Iglesia, amplia, con grandes corredores. Varias casas con rejas de hierro al estilo antiguo español. En general, las casas tienen estilos bonitos, grandes salones, altos para que el aire entre con facilidad, pues a medio día el calor es un poco más intenso aunque, como ya lo dijimos, el clima de Liberia es más fresco de lo que pensábamos.

El viaje a Liberia es rápido: de San José a Puntarenas, de este puerto en gasolina a Bebedero 5 horas; de Bebedero a Liberia 4 o 5 horas en auto. Precio total del pasaje de San José a Liberia ₡ 18.50. Liberia cuenta con dos hoteles, cuyo alojamiento es como en familia por la confianza que inspiran sus propietarias. Doña Sofía de Guillén es una persona sumamente amable que tiene un hotel que recomendamos, porque oímos decir que los pasajeros eran atendidos muy bien. Nuestra permanencia en Liberia fue en casa del culto caballero don Francisco Mayorga Rivas, donde pasamos días muy felices en compañía de nuestra queridas e inteligentes amigas doña Lupita Santos Vda. de Cabezas y de la señorita Celinita Mayorga. Las atenciones y finezas recibidas en este culto hogar fueron tantas, que nos consideramos muy agradecidos con los buenos amigos.

En Liberia fuimos invitados a una recepción en casa de don Antonio Ezna, caballero culto y bondadoso y de su esposa doña Blanca Ocampo de Ezna, quienes nos colmaron de atenciones, dejando un recuerdo muy agradable de las horas pasadas en su compañía.

Algo que es digno de hacer saber, es, que don Antonio Ezna tiene en su casa la mata de uva más hermosa que he visto en Costa Rica: el año pasado dió 400 libras de uvas

y este año se calcula que la cosecha será igual o mayor. Los racimos hermosísimos, de 3 libras y más, una uva pequeña, pero tan dulce que es un placer saborearla.

Ha sido tan admirada esta mata de uva y tal el éxito de las cosechas, que hay gran entusiasmo por sembrar grandes terrenos de uvas. Ojalá que realicen dichos entusiasmos pues la uva podría ser una nueva fuente de producción nacional.

Los marañones de Liberia son tan dulces como la miel, y nos dicen que todas las frutas son deliciosas; los plátanos maduros son dulcísimos y muy sabrosos. Se deja comprender que aquel clima es insuperable para las frutas.

De Liberia a Bebedero y a Puntarenas

Salimos de Liberia a las 6 de la tarde, en un camión muy cómodo. Una esplendorosa luna llena iluminaba el firmamento, con una luz tan brillante y clara como el día. Nada más hermoso que el nacer de la luna entre los bosques, tan pronto aparece la luna, desaparece, ya se admira de un lado, ya de otro aquel paisaje bellissimo, una noche fresca, tan fresca que tuvimos que abrigarnos. Caminaba el camión y a lo lejos veíamos unos ojos de fuego, eran los ojos de los cuyeos que se ponían sobre nuestro camino para mirar la luz del camión; otras veces saltaban conejitos que huían despavoridos al ser sorprendidos en sus paseos nocturnos. Pasamos por Bagaces, y gracias a la brillante luz de la luna pudimos darnos cuenta de este pequeño pueblo; verdaderamente sentimos no pasar por Bagaces durante el día, hubiéramos podido recoger impresiones para describirlas.

Pasamos por Mojica, hermosa hacienda de Mr. Wilson; vimos grandes galerones y varias buenas construcciones. De Mojica a Bebedero hay una magnífica carretera nuevamente construída. Esta carretera es lo más linda, recta y a un lado y a otro grandes

potreros bordeados por lindos bosques. Llegamos a Bebedero cerca de las doce de la noche, porque perdimos una hora a causa de varios árboles que encontramos atravesados en la ruta. Bebedero es pequeño, pero hay varias casas bonitas y ranchos. El Puerto tiene su muellecito bien acondicionado.

Salimos de Bebedero poco después de las cinco de la mañana, en gasolina expresa en que venía el culto caballero don Maximiliano Soto, su distinguida esposa doña Vera Field de Soto y toda su familia, quienes finamente nos invitaron a regresar en su compañía.

Jamás habíamos hecho una travesía, ni más pintoresca, ni más linda. Del lado de Oriente un cielo rosado, a manera de cortina que se abría para dejar pasar al astro rey, que con toda su majestad apareció en medio de un cielo pincelado de todos los colores, suaves y ténues como los del ópalo. Del otro lado, la luna llena con toda la hermosura de una novia vestida de blanco, cuya pureza hace envidiar a los ángeles, esa novia pudorosa que se aleja tímidamente para dejarle la vía libre al dueño de su amor. En medio de los dos astros el río Bebedero como un espejo, reflejando las brillantes estrellas, y ese río bordeado por los verdes manglares que hacían el papel de una esmeralda prolongada que ceñía el hermoso río. El despertar de las garzas que se hendían en la atmósfera cual bandada de ángeles puros, tal es la blancura de ellas. Centenares debieron ser, pues era inmenso el espacio que cubrían. Salían las garzas de los manglares, y era hermosísimo verlas planear con esa cadencia tan suave y serena, que daban deseos de ser ellas para emprender el vuelo y alejarse de la tierra. Las bellezas del río Bebedero son tantas y tan espléndidas que no es posible describirlas: la gasolina se desliza suavemente, el agua casi no se mueve y da lugar a ver los variadísimos paisajes reflejados en el agua como sobre un espejo. Poco a poco el río Bebedero se ensancha hasta unirse con el río Tempisque, dando una anchura como de mil varas para confundirse con el mar del Golfo. Sigue la gasolina su camino, y nosotros admirando las islas e islotes de formas tan variadas y de aspectos tan pintorescos, que no se cansa una de admirar tanta belleza. La mañana es bellísima, las brisas del mar nos dan vida y entusiasmo; en el cielo las aves marinas lucen sus bellos plumajes y en el mar una pareja grandísima de bufeos custodian la gasolina; pareciera que eran los que iban jalándola pues iban exactamente en la

proa. De un lado y otro se admira una costa de variadísimos paisajes y algunos pueblecitos, y de lejos comenzamos a ver Puntarenas.

Llegamos a las 10 de la mañana, después de haber gozado de una de las mañanas más deliciosas. No comprendemos cómo hay tanta gente que no conoce todas estas bellezas naturales de Costa Rica. Es necesario que poco a poco los costarricenses se interesen en conocer su país. No es perdonable que habiendo todas las facilidades de viajar como las hay hoy día, continuemos ignorando a nuestro propio suelo.

Desea haber podido describir como merecen ser descritas todas las bellezas del Guanacaste, para despertar entusiasmo por conocerlo y además, para que se le quiera y se piense que es necesario interesarse por el adelanto de esta bella parte de nuestra patria. Que es de justicia ayudarlos a solucionar todas las dificultades con que tropiezan, como son la falta de buenas cañerías, buenos puentes, buenas carreteras y además, allí donde los ríos se desbordan, hacer trabajos para evitar esos daños hasta donde sea posible. En Bélgica el mar se metía e inundaba grandes regiones, pues se construyeron diques. Así, creemos que todo mal tiene remedio; lo que no tiene remedio es la indiferencia y la apatía, aun de los mismos guanacastecos que debieran moverse para que no los olviden.

El modernismo no ha llegado a Liberia

Durante nuestra permanencia en la simpática ciudad de Liberia, pudimos observar que el funesto modernismo no ha entrado en las costumbres sociales de Liberia.

Las señoritas iban a las retretas y a los bailes siempre acompañadas de sus mamás, y algo que nos sorprendió es que generalmente se comienza a bailar después de la retreta y termina el baile a los once; por ser día de fiestas una noche bailaron como cosa muy

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

extraordinaria, hasta las doce. Y podemos contar esto, porque en el mismo camión en que regresábamos venían unos músicos de San José que habían ido a las fiestas de Liberia y que formaban una orquesta, muy disgustados porque los bailes terminaban tan temprano. ¿Dónde se ha visto que un baile se termine a las once?, decían ellos; sólo una noche bailaron hasta las doce. De modo que es gente que se divierte, pero moderadamente.

Visten con elegancia, como en San José, pero usan la moda moderada, nada de exageraciones; escotes moderados en los bailes. A

nadie vi fumar. En fin, que es de dar gracias a Dios que aún queden en la República lugares que conservan nuestras costumbres moderadas de antaño. La manera de bailar, decente, y no como acostumbran ahora, cara sobre cara y tan unidos, que da tristeza ver a nuestras niñas cogidas con tanto irrespeto.

Reinaba mucha alegría en todas partes, una alegría franca, sana, que entusiasmaba y que se comunicaba a todos. En medio de todas aquellas fiestas no hubo ninguna nota que empañara la alegría; todo lo contrario, dejaron en nuestro ánimo el más dulce recuerdo.

IMITACION DE CRISTO

LIBRO II - CAPITULO VI

La alegría de la buena conciencia

1. La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está con inquietud y temor.

Suavemente descansarás si tu corazón no te reprende.

No te alegres sino cuando obras bien.

Los malos nunca tienen alegría verdadera ni sienten paz interior, porque dice el Señor: *No tienen paz los malos.*

Y si dijeren: en paz estamos, no vendrá mal sobre nosotros, ¿quién se atreverá a ofendernos? No los creas, porque de repente se levantará la ira de Dios y pararán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos.

2. No es dificultoso al que ama glorificarse en la tribulación; porque gloriarse de esta suerte es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres. La gloria del mundo siempre va acompañada de tristezas.

La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios y en Dios, y su gozo es la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal, o no la desprecia de corazón, señal es que ama menos la celestial.

Gran quietud de corazón tiene el que no se le da nada de las alabanzas ni de las afrentas.

3. Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia limpia.

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien.

Lo que eres, eso eres; y por más que te estimen los hombres, no puedes ser, ante Dios, más grande de lo que eres.

Si miras lo que eres dentro de ti, no tendrás cuidado de lo que de ti hablen los hombres.

«El hombre ve lo de fuera, mas Dios el corazón.» El hombre considera las obras y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien, y tenerse en poco, es señal de un alma humilde.

No querer consolación de criatura alguna, señal es de gran pureza y de cordial confianza.

4. El que no busca la aprobación de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo a Dios.

Porque dice San Pablo: «No el que se alaba a sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba.»

Andar en lo interior con Dios, y no embarzarse de fuera con alguna afición, estado es de varón espiritual.

La Srta. Berta Graciela Víquez

Esta distinguida y culta amiga nuestra, hija del recordado poeta don Pío Víquez, ha sido una de las colaboradoras de más valía de nuestra Revista, pues nos facilitó la Revista de la Asociación Femenina de Camagüey, de la que hemos reproducido muy importantes y variados artículos. Lo que tenemos el placer de manifestar en espíritu de justicia.

De la Pasión de Jesucristo

El Tribunal del Sanedrín

El Sanedrín, o Gran Consejo, era la alta corte de justicia, Tribunal Supremo de los judíos. Fue establecido en Jerusalén después de la cautividad de Babilonia, y se cree y se dice haber sido su modelo el famoso Consejo de los Setenta Ancianos, creado por Moisés en el desierto.

A causa de esta semejanza, los rabinos, propensos siempre a la exageración, cuando se trata de glorificar ante la Historia las instituciones judías, pretenden que el Sanedrín era este mismo consejo, instituido por Moisés, mantenido y perpetuado durante los siglos de la Ley Antigua al lado del poder real. Idéntico en la esencia, no había otra diferencia, decían, que llamarse Sanedrín en vez de Consejo de los Ancianos. Esto es falso, falsísimo.

El Consejo de los Setenta Ancianos, elegidos por Moisés, duró tiempo muy limitado; pues, creado para aliviar en la administración de la justicia al gran legislador de los hebreos, desapareció al llegar el pueblo de Israel a la tierra prometida.

El Sanedrín apareció por el tiempo de los Macabeos la primera vez; hay otras opiniones; pero, sea como fuere, la existencia del Sanedrín data sólo desde el año 170 antes de Jesucristo.

El nombre de Sanedrín está tomado de la lengua griega «Sinedrión», y significa asamblea de personas sensatas. Se componía de setenta y dos miembros comprendidos los presidentes.

En tiempo de Jesucristo, estos setenta y dos miembros se distribuían en tres cámaras: la primera, la de los sacerdotes; segunda, la de los escribas y doctores, y, tercera, la de los ancianos y nobles.

Cada una de ellas se componía ordinariamente de veintitrés miembros, quienes, con los presidentes, hacían el número de setenta y dos.

La cámara de los sacerdotes, como su nombre lo indica, solamente se componía de personas pertenecientes al sacerdocio.

La cámara de los escribas contenía levitas y legos versados en el conocimiento de la ley.

Formaban la cámara de los ancianos los personajes más considerados y respetables de la nación.

Esta asamblea era compuesta por las tres órdenes principales del pueblo o estado judío; así lo afirman y dan fe de ello todos los escritores del referido tiempo, cristianos y hebreos.

Las Santos Evangelios dicen que los sacerdotes, los escribas y los ancianos se reunieron para juzgar a Jesucristo.

El famoso Maimónides, conocedor de las tradiciones y usos israelitas, refiere que no se nombraba ningún juez para el Sanedrín que no fuese de los sacerdotes, de los levitas y de los israelitas dignos, por la nobleza de su origen, de tomar lugar y sentarse al lado del sacerdote.

Aunque los setenta y dos miembros debieran distribuirse en igual número en cada una de las tres cámaras, veintitrés para la de los sacerdotes, veintitrés para la de los escribas y veintitrés para la de los ancianos, sin embargo, no se cumplía rigurosamente esta distribución, y más de una vez, con especialidad en los últimos años de la historia judía, sucedió que la cámara de los sacerdotes formaba por sí sola la mayoría del Sanedrín.

La razón de este predominio la ha dado Abarbanel, uno de los más célebres rabinos de la Sinagoga.

«Los sacerdotes y los escribas—dice—dominaban, naturalmente, en el Sanedrín porque no habiendo recibido, como los otros israelitas

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte del Correo.

Teléfono 2712

tas, bienes raíces que cultivar y aumentar, contaban con más tiempo para consagrarse al estudio de la ley y de la justicia, y por esta causa se encontraban más aptos para oír testigos y pronunciar sentencias.»

La observación de este docto rabino se halla confirmada por los evangelistas, quienes dicen que la cámara de los sacerdotes en el Sanedrín superaba a la de los escribas y ancianos por el número y por la influencia. No había más que una sala en Jerusalén en la que se pudiera pronunciar la pena capital, y se llamaba Gazith, o sala de las piedras cortadas, situada en una de las dependencias del templo, y se llamaba así por haber sido construída con piedras cuadradas y muy lisas, que eran de gran precio y lujo en Jerusalén.

No hay que extrañarse que el Sanedrín tuviera sus sesiones en uno de los departamentos del templo. Un consejo de ancianos

se reunía allí desde el tiempo de los reyes. En el libro II, capítulo XXVI de los Garalipómenos, se lee que Obedeón y sus hijos guardaban siempre la parte oriental del templo, en la que se reunían los ancianos.

En el libro III de los Reyes se lee que Salomón ordenó se emplearan en la construcción del templo grandes piedras, cuidándose de cortarlas bien.

La tradición judía es unánime en afirmar que allí solamente se podía pronunciar la pena capital.

Sin embargo, los romanos, al quitar su independencia a los judíos, privaron a este tribunal de su facultad de dictar sentencias de muerte y sin el visto bueno del gobernador romano y éste es el motivo por el cual fue preciso acudir a Pilato para que ratificara la sentencia pronunciada contra Jesús.

(Tomado de Para Ti)

La Venerable Madre María de Santa Eufrasia Pelletier Fundadora del Buen Pastor de Angers

ORACION

a la Venerable Madre María de Santa Eufrasia Pelletier, Fundadora del Buen Pastor de Angers

¡Oh!, Casta Esposa de Jesucristo, amadísima Madre María de Santa Eufrasia, aquí vengo con humilde confianza a implorar vuestra protección, y suplicaros me sirváis de abogada cerca del Corazón de Jesús. Vos estábais llena de celo por la salvación de las almas e inflamada de caridad para socorrerlas en todas sus necesidades; emplead pues hoy vuestro valimiento e influencia cerca de este Corazón adorable, alcanzándome las gracias que os pido.....

Apiadaos de mí, mi buena Madre, no me rehuséis este favor, pues el Dios de Misericordia que con tanto ardor os recibió en el cielo se complacerá en vuestra petición. Hacedme también la gracia de que después de haber trabajado con gran ardor a ejemplo vuestro aquí en la tierra, pueda algún día participar de vuestra dicha en la eterna bienaventuranza de la gloria. Amén.

31 de Abril de 1933, día de su beatificación en Roma.

(Con las debidas licencias).

Esta venerable Madre murió hace 65 años, después de una vida consagrada al Amor de Dios y a la salvación de las almas. Murió a la edad de 72 años.

El bien que ha realizado el Buen Pastor en todo el mundo con 360 reformatorios, cárceles y casas de preservación, es tan grande que es imposible ni siquiera imaginárselo.

Costa Rica tuvo el privilegio de que esta Congregación fundara aquí dos casas y por ello es de suponer que la Madre Santa Eufrasia Pelletier tenga predilección por este país.

El 31 de Abril es el día señalado para la beatificación en Roma de tan santa Madre. Para este proceso ha hecho la Madre dos milagros maravillosos: hizo desaparecer un cáncer que comenzó en los intestinos e invadió todo el cuerpo; el segundo fue una terrible úlcera en la cara desaparecida en un día, pues al siguiente la cara estaba completamente lisa.

Durante todo este mes es siempre más propicio de implorar a esta santa Madre para alcanzar del Señor toda clase de milagros, y es por ello que lo avisamos a nuestras suscriptoras y les ponemos la siguiente oración muy eficaz.

Cartas a un Obrero

Por CONCEPCION ARENAL

(Continuación de la Sexta Carta)

Empecemos nuestro estudio por

LA FALTA DE TRABAJO

Las olas embravecidas del mar inmenso, que destrozan y tragan los navíos poderosos, obra la más admirable del genio del hombre, están constituidas del mismo modo, obedecen a la misma ley, que esas casi imperceptibles que levantan en el agua de tu jofaina si la agitas. Del propio modo, las leyes económicas de los mercados de Londres y Nueva York son idénticas a las que rigen el puesto de verdura del portal de tu casa. Importa mucho que comprendas bien esto, Juan, porque si estuvieras persuadido de la identidad de ciertos fenómenos económicos, y de que lo que es absurdo en tu casa o en tu vecindad, lo es igualmente en todas las casas, en todos los palacios, en el mundo todo, tu buen sentido habría puesto en su lugar ciertas teorías que no te han engañado sino por el disfraz de la fraseología científica, y por la suposición de que los fenómenos en grande escala, que no puedes observar, no son esencialmente idénticos a los que ves todos los días. Las cosas pasan en el mundo lo mismo que en tu barrio, por lo que toca al asunto que nos ocupa, y alrededor tuyo y muy cerca tienes pruebas de si es verdad o mentira la regla o ley que te dan por universal.

Suponiendo que no olvidarás esto, vamos a ver qué se necesita en tu casa, en tu pueblo, en el mundo todo, para que haya trabajo; pero antes es menester que nos fijemos bien en lo que es trabajo. A mi parecer, puede definirse así:

UN ESFUERZO INTELIGENTE Y SOSTENIDO QUE PRODUCE UN RESULTADO ÚTIL. Esta de-

finición te hará comprender el absurdo, muy generalizado, de llamar trabajadores solamente a los que trabajan con las manos.

En primer lugar, con las manos solamente nadie trabaja, porque en el trabajo más mecánico entra siempre cierta cantidad de inteligencia, así como en el más elevado hay siempre algo de material.

Trabajan igualmente el que hace una teja y el que hace una ley; el que cepilla una tabla y el que corrige un verso; el que amasa el mortero y el que combina los sonidos para producir una melodía; el que lleva una camilla y el que estudia los medios de aliviar o curar al enfermo; el que construye un muro para encauzar la corriente de un río, y el que medita sobre el modo de contener el desbordamiento de las pasiones humanas. Estos trabajos, que hasta aquí no han tenido por tales, y que ahora mismo te parecen muy cómodos, son a veces los más penosos, y puedes cerciorarte de ello por lo mucho que gastan la vida del trabajador, envejecido antes de tiempo sobre sus libros. Sabes del albañil que se cae de un andamio y muere de resultas del golpe o queda inútil, e ignoras que el estudio hace también sus víctimas, y que en las Escuelas de Caminos y de Minas, por ejemplo, enferman o sucumben muchos jóvenes que no tienen bastante robustez para resistir tantas fatigas mentales. No soy sospechosa de indiferencia para con los inválidos del trabajo manual: tienen mis simpatías y mis lágrimas cuando no puedo darles otra cosa, pero no he de negárselas al que cae abrumado por el trabajo de la inteligencia.

(Continuará)

LA GLORIA

Acaba de recibir
Guantes muy finos, lavables

de ₡ 3.50 a ₡ 4.00

E. CRESPO & CIA.

Teléfono 2404

CLASES

de flores de tela y bordado en máquina

LECCIONES DE FRANCES

ROSA JAUREGUI

Informan en casa de Matilde de Esquivel

Teléfono 2241

La Resurrección del Señor

Por el P. ALBERTO DE LOS BUEIS

Cifra y compendio de la Religión cristiana, baluarte inexpugnable de nuestra fe y mentís solemnemente enrostrado a toda casta de incrédulos, el dogma de la Resurrección de Jesucristo ha sido objeto de los ataques de todos los enemigos del orden sobrenatural durante veinte siglos.

No un artículo de revista, ni un libro, sino muchos libros bien documentados podrían escribirse para sólo compendiar aquellos ataques. Esto no obstante, los modernos apologistas católicos suelen catalogarlos en tres clases, de facilísima refutación.

Aunque esto parezca inverosímil por ser soberanamente ridículo, los enemigos del dogma de la Resurrección del Señor, dicen en resumen y nada menos que en nombre de la «crítica histórica»: Jesucristo no murió, por consiguiente, no pudo resucitar; la alucinación y el engaño han sido los inventores de esa patraña de la resurrección de Jesús que, contra lo que afirman los católicos, nunca fue predicha.

Examinemos estas afirmaciones con la brevedad que imponen el ajuste y lo vasto de los temas para la «fuerza» y «seriedad» de los ataques que entrañan.

I

Ante todo afirmemos, con pruebas, la predicción de la muerte y Resurrección de Jesucristo.

El «sepulcro glorioso» de que habla Isaías se refiere al del «Santo que no conocería la corrupción», Jesucristo que dijo, hablando de su propio cuerpo: «Destruid este templo, y yo lo reharé en tres días». De Jesucristo son también estas palabras: «... como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra»; «he aquí que envío a Jerusalén y serán cumplidas todas las cosas que los Profetas escribieron del Hijo del Hombre. Porque será entregado a los gentiles, burlado, azotado y escupido, y después de azotarlo, le quitarán la vida, y resucitará al tercer día»; «nadie puede quitarme la vida sino que yo la dejo por mí mismo, y soy dueño de dejarla y de volver a tomarla de nuevo: «la dejo para volver a tomarla.»

No de Jesucristo ni de sus amigos, sino de sus propios enemigos son estas otras palabras: «Señor, recordamos ahora que aquel seductor, viviendo aún, dijo: «después de tres días resucitaré». Manda que sea custodiado su sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y lo roben, y digan después al pueblo: «resucitó de entre los muertos.»

Para negar estos testimonios es preciso tener más malicia que los mismos judíos; es necesario ser «intelectual» a la moderna, o sea racionalista.

II

Supuesta ya su predicción, ¿siguióse «realmente» la muerte de Jesucristo?

Es tan histórico como ilegal e injusto el proceso que llevó a Jesucristo a la Cruz; objeto de la historia son los tormentos a que fue sometido desde Getsemaní hasta el Calvario, los testigos (amigos y enemigos) que los presenciaron, su crucifixión, sus últimas palabras, los soldados que no le fracturaron las piernas, según la costumbre judía, «porque le vieron ya muerto», el que abrió el costado de Cristo de una lanzada suficiente para producir la muerte, el Centurión que certificó «oficialmente» de la muerte real de Jesús antes que Pilato diese licencia para sepultarlo; las personas que dan a Jesús honrosa sepultura, las que sellan el sepulcro con el sello oficial del Estado a fin de prevenirse contra las consecuencias de una posible sustracción, los soldados que, con el mismo fin, hacen la guardia ante el sepulcro, todos los que desde el Pretorio hasta el Gólgota acompañan a Jesús

LA TIENDITA

LA TIENDA DE CONFIANZA PARA LAS SEÑORAS

ESPECIALIDAD

en preparación de **CANASTILLAS** y toda clase de ropita **PARA RECIEN NACIDO**. También se reciben marcas, y trabajos de calado y bordado.

TELEFONO 3395

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

anhelosos de presenciar su muerte; en fin, todas las personas y circunstancias que rodean la trágica escena del Calvario, son perfectamente históricas, y todas nos dicen que Jesús murió «realmente» en lo alto de la Cruz.

Negar esta realidad, para explicar lo ocurrido a los tres días en el «sepulcro glorioso» por una muerte «aparente» por «desmayos» e «imposturas», es sencillamente divorciarse de la historia, del sentido común y de la buena fe, que es lo que han hecho los enemigos de Jesucristo.

III

Tan «real» y «verdadera» como su muerte fue la Resurrección de Jesucristo.

Los soldados que presencian el gran milagro ante el sepulcro y recorren luego las calles de Jerusalén anunciándolo a cuantos hallaban a su paso; las piadosas mujeres que a la hora del alba del día de la Pascua contemplan el sepulcro vacío y son objeto de la primera aparición del Salvador; las repetidas apariciones del mismo Salvador durante los cuatro días subsiguientes al de su Resurrección: a los discípulos en el camino de Emmaús, en el Cenáculo (dos veces), a orillas del mar de Tiberiades y en el Huerto de los Olivos, haciéndose visible en otra ocasión «a más de quinientos hermanos»; la completa y rápida transformación moral de sus discípulos, antes de la Resurrección tan débiles y cobardes, y después de la Resurrección tan decididos y arraigados; la no menos rápida y maravillosa transformación del mundo pagano por obra y gracia de la predicación de aquellos discípulos que a su misión de heraldos de la fe unieron la de «testigos de la Resurrección de Jesucristo»; el eco que la palabra de estos heraldos tuvo en el mundo donde, al través de veinte siglos, se viene creyendo y proclamando el triunfo completo y definitivo obtenido por Jesucristo sobre sus enemigos, sobre el pecado y sobre la muerte, al salir por propia virtud, del sepulcro a los tres días de haber sido en él enterrado; todo aquello, en fin, que puede inducir y hasta obligar al hombre en la realidad de un hecho, proclama la «realidad» y «certeza» indiscutibles del gran milagro de la Resurrección del Señor.

Desviarse del camino señalado por la verdad histórica y acudir a «engaños, alucinaciones y ocultaciones», para negar el hecho de la Resurrección, o reducirlo a la categoría de «puro objeto de la fe», como lo han soñado,

respectivamente, incrédulos a lo Strauss y Renán, y modernistas a lo Loisy; negar, de uno u otro modo, el verdadero y realísimo milagro de la Resurrección de Jesucristo, equivale sencillamente a vanagloriarse de hacer el ridículo y reconocer veladamente la importancia que tiene para el credo católico y para la vida toda del catolicismo el hecho de la Resurrección.

IV

Aquella importancia ha sido expuesta y ponderada en maravillosos libros y conferencias por los apologistas católicos.

San Pablo la describió con estas palabras: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe»; «Jesucristo resucitó por nuestra justificación.»

El mismo Jesucristo apeló repetidas veces, como al mejor argumento en favor de su divinidad, al que entraña el de su gloriosa Resurrección.

Si no hubiese resucitado, a pesar de haberlo predicho, no hubiese demostrado su divinidad, ni estaríamos aún redimidos.

He ahí por qué los apologistas del cristianismo han podido escribir estas palabras: «El hecho de la Resurrección... es la victoria del Señor sobre sus enemigos, el sello indeleble de su divino poder, la imagen y la prenda segura de nuestra futura resurrección y glorificación, el último fruto de su obra redentora en favor del linaje humano... Destruído el hecho de la Resurrección, queda aniquilado el cristianismo». Todo parte de este hecho, todo estriba sobre este hecho; este hecho es el centro al cual todo converge: nuestra fe, nuestra esperanza, nuestras instituciones, nuestro culto, nuestra historia y nuestros testimonios».

Cuide sus ojos

Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

Interesantes Discursos de la Conferencia de la Unión Social del Uruguay

(Washington, D. C. Enero 12.—OLA NCWC)

En la conferencia de la Unión Social del Uruguay, varios interesantes discursos fueron presentados sobre la Legislación Social y Obrera. Organización de los católicos para la defensa de la moralidad y para el mantenimiento de las bases esenciales de toda la sociedad. Necesidad de que el Estado defienda y ampare la moral pública y legislación en resguardo de la moralidad del niño y de la mujer. Tribunales de conciliación y arbitraje para todos los conflictos del trabajo. El Dr. Héctor Paysee Reyes habló sobre el tema «Legislación Social y Obrera». Considera la función, dice el Dr. Reyes, que está llamado a desempeñar el estado, analizando las diversas concepciones modernas que sobre él existen. «Al considerar sus fines debe de verse en él el gerente del bien común, pero es de rigor la intervención del Estado en todo aquello que sin vigilancia o gestión, se saldría de los cauces del orden de la justicia. El Estado debe de intervenir frente al monopolio; al obrero humillado por el capital, al anciano, a la mujer, al niño desvalido, jurídica y moralmente. El problema económico bajo el triple aspecto de la producción, de la circulación y del consumo, obliga al Estado a intervenir para sujetar el libre juego de los factores. Los problemas plantean las relaciones entre patrones y obreros, ricos y pobres, y dice que ante ellos nos presenta la Iglesia la aleccionada vida de Jesús.»

El R. P. José M. Vida, S. S., habló sobre «Organización de los católicos para la defensa de la moralidad y para el mantenimiento de las bases esenciales de toda sociedad: patria, familia y propiedad». En cuanto al término de moralidad, dice que «la moral sufre en los anuncios comerciales y de espectáculos, en las postales, librerías, en los teatros y cines y en los lugares públicos en general, donde parece que se formula la cínica pregunta de Condorcet: ¿El pudor? Los medios para combatir mal tan grave y generalizado son: una vida íntima cristiana, ejemplar, y una educación de las nuevas generaciones en el hogar y en la escuela. Expresa la necesidad de una Liga nacional para la defensa de la moralidad

que comprendería tres secciones: la de espectáculos y exhibiciones; la de modas y actos sociales y la de publicaciones.»

El R. P. Guillermo Furlong, S. J., habló sobre el tema «Necesidad de que el Estado defienda y ampare la moral pública y Legislación en resguardo de la moralidad del niño y de la mujer». El culto al cuerpo, dice el Padre Furlong, no es otra cosa que su suprema valorización y la desvalorización del alma. «El cristianismo declara la pre-eminencia de la segunda sobre el primero. La filosofía no cristiana, llega a considerar al alma como simple inducción de las funciones vegetativas del cuerpo. Como la pornografía no podía ser justificada por su arte, ya que lo bello y la inmoralidad son antagónicos, resultando que los hombres dejaron de ser cristianos, y se convirtieron en individualidades meramente zoológicas». El Papa León XIII dijo: «Las sectas masónicas procuran, con cálculo y manía, que el pueblo se harte y sature sin medida de inmoralidad y de corrupción; porque, por este medio, lo tendría a su arbitrio y disposición para hacer de él lo que se quisiera». Las disposiciones que contienen los Códigos Penales de algunos países para combatir la inmoralidad, dice el Padre Furlong, que sus artículos son letra muerta y por eso alienta a todos para luchar contra la inmoralidad y termina manifestando el peligro que corremos si se abandona la lucha.

El Dr. Alfredo Carbonell y Deblai habló sobre el tema: «Tribunales de conciliación y arbitraje para todos los conflictos del trabajo.

De suma importancia para nuestros agricultores

Les recordamos que es necesario abonar sus sembrados; todo lo que se gaste en abonos lo devuelve con creces la tierra; pues el producto de sus cosechas no sólo aumenta, sino que la calidad de los frutos mejora. El Guano del Perú como abono es tan conocido como inmejorable que no hay necesidad de recomendarlo.

Don Rómulo Artavia

es el Agente exclusivo

Teléfono 3058

«Los católicos, dice el Dr. Debali, tenemos que sentir la responsabilidad del apostolado laico frente al programa social. Para todo esto y para poder alcanzar esta felicidad común es sólo por la justicia y la paz, vaciada en los moldes de la caridad y asentada en la moral religiosa. Sobre todo esto se levanta la implacable lucha de clases, y la pugna moral no debe de verse entre hombres que buscan superarse, sino el deseo de una hegemonía

con intereses particulares. Por eso, dice el Dr. Debali, es necesario encauzarla hacia el orden y la paz, mediante fórmulas de garantía mutua, como tribunales de conciliación y arbitraje, que revisten tres formas fundamentales: Tribunales que dicen relación con las cuestiones particulares sometidas a los Parlamentos. Disposiciones de carácter legislativo aplicables a todos los conflictos. Soluciones establecidas por vía constitucional.»

Surrexit Dominus

Yacía en el sepulcro aquel cuerpo (el de Jesús) santísimo y purísimo, cuerpo sin mancha, que no había conocido enfermedad de pecado o de concupiscencia, cuerpo formado por el Espíritu Santo, obra real, tabernáculo hecho por Dios, y no por el hombre, indigno ciertamente de que allí estuviese, y muy digno de sentarse sobre toda criatura a la diestra de

su Padre. Yacía allí, digno, despedazado, lleno de llagas y contusiones, cubierto de sangre, hinchado y por donde quiera golpeado, y herido: «desde la planta de los pies hasta lo más alto de la cabeza, no había en Él parte sana». Entonces aquella planta celeste y piedra preciosa de nuevo se siembra y comienza a revestirse de resplandecientes miembros; vuelven a juntarse sus huesos, se consolidan sus nervios, corre de nuevo la sangre por aquellas venas vacías, aparecen nuevos colores y fulgores en aquel cuerpo y las llagas, antes tan sangrientas, resplandecen como margaritas preciosas y luminosos carbunclos.

No de otro modo que como la nube y el vapor antes oscuros se mudan y adquieren nuevas formas y colores ante el rayo de luz que las hiere y envuelve, ofreciendo admirable belleza a los ojos de los espectadores lo que antes era deforme, aquella leve nube del cuerpo del Señor, sin el peso del pecado, y del que se había dicho: «subirá Dios sobre leve nube», antes oscurecida por innumerables tormentos y golpes, al recoger en sí el sol de justicia y espíritu glorioso que es el alma del Redentor, derrama fulgores y bellezas admirables y resplandece más que el sol y la luna a los ojos de los espectadores. Comienza a elevarse del sepulcro el cuerpo vivificado del Redentor, y mientras así se eleva, a la vista de todos, ¡oh, buen Dios!, ¿quién puede decir ni pensar el sonido de los celestiales instrumentos y la armonía de la música divina que entonces resuenan?...

Al resucitar Jesucristo aumentó la confianza en la resurrección futura, para que te sea lícito, oh! cristiano, esperar de ti mismo lo que ves que ya se ha hecho en tu cabeza, Jesucristo; pues no puedes dudar que cual es ya la raíz, serán también sus ramas.

Santo Tomás de Villanueva.

Silencio Santo

Trepaba el dulce Redentor, la cumbre del Gólgota, agobiado por el peso de la infamante cruz.

La muchedumbre le acercaba.

De pronto, sonó un beso en el semblante lívido del justo, y el que le dió aquel beso, así le dijo al Nazareno: «Augusto Señor, si está en tu mano,

(pues eres de Dios hijo) secar el océano

y convertir la tierra en humo vano, ¿por qué no calmas tu pesar prolijo? ¿En dónde están tus rayos y tus truenos, que sobre tantos míseros sayones no arrojas? Sus malvados corazones, más que de ira, de ignorancia llenos, por qué no arrancas o los tornas buenos? ¿Y a qué el dolor se enerva y asesina?

Y el Cristo, esa blancura ensangrentada, que todas nuestras almas ilumina, como un muerto calló:

¡No dijo nada!

JULIO FLORES.

(Envío de la Srta. Mariana Salazar M., de Cartago).

MEDIDAS

Lado	38	Caderas	60
Entre-pierna . . .	18	Pierna doblada.	24

Para trazar la parte de atrás se levanta una perpendicular de puntitos sobre el extremo derecho de la horizontal superior y a una distancia de $\frac{1}{3}$ del ancho del rectángulo y el extremo superior de esta perpendicular se une por una línea recta con el extremo superior de la vertical izquierda. El extremo inferior del recorte de adelante se prolonga horizontalmente de $\frac{1}{5}$ del ancho del rectán-

gulo y se une este punto por una línea curva que pasará a 1 cm. del cuadradito y llegará al extremo superior de la vertical de puntitos. De cada lado de la pierna se mide 1 cm. y se reúne el lado derecho con el punto $\frac{1}{5}$ y el izquierdo con la vertical izquierda. El borde inferior de la parte de adelante se baja de $\frac{1}{2}$ cm. hacia la mitad y se traza una curva que sale de los lados y pasa por el punto $\frac{1}{2}$. En la parte de atrás se hace el recorte al contrario, se sube de $\frac{1}{2}$ cm. y se unen los lados por una curva que pasará por el punto $\frac{1}{2}$.

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.

TORTA DE ESPINACAS (para 6 personas)

A un rollo de espinacas se les quita la vena de enmedio, se lavan minuciosamente, se echan en agua hirviendo con sal y se cocinan hasta que estén suaves; se escurren bien y se pican finamente; se baten 5 huevos y se les agrega sal, pimienta, y se agregan las espinacas; se mezclan despacio y se van friendo las tortas en manteca caliente, que no queden muy doradas y se sirven.

ARROZ NEVADO

Muy temprano se lava media libra de arroz de buena calidad y se deja en suficiente agua fría un buen rato; luego se pone a cocinar hasta que esté reventado. Anticipadamente se pelan dos manzanas, se parten en tajaditas y se ponen a cocinar en suficiente agua; cuando están suaves, se les pone un poquito de azúcar apenas para endulzarlas, y se dejan cocinar hasta que estén suaves y no tengan mucha agua, se retiran del fuego. Cuando el arroz está suave, se le pone una astillita de canela, suficiente leche, azúcar al gusto (poco azúcar), una cucharada de mantequilla, la punta de una cucharadita de sal y se deja cocinar muy despacio meneándolo a menudo, hasta que esté cocinado. Se retira del fuego; se baten dos yemas con un poquito de leche y se van vaciando poco a poco sobre el arroz caliente y mezclándolo bien.

En una fuente que resista el fuego, se coloca una capa de arroz, una de manzanas y así sucesivamente hasta concluir con todo. Se

baten las claras a punto de nieve, es decir, hasta que estén bien cortadas; se les agrega dos cucharadas de azúcar, una a una y batiendo siempre hasta que el azúcar esté deshecho; se le pone unas gotitas de limón, se bate más y se cubre el arroz con estas claras; se mete al horno apenas caliente hasta que las claras estén doradas. Se sirve bien frío.

GALLETITAS DE COCO

Se coge un coco no muy grande, se pone a calentar sobre el fuego, dándole vueltas hasta que se reviente; se pela, se lava, y se le quita la cáscara morena pegada a lo blanco; se raya finamente.

- 2 cucharadas de mantequilla.
- 10 cucharadas de azúcar.
- $\frac{1}{4}$ de libra de harina.
- 1 cucharadita de royal.

Se cierne la harina con el royal; en una taza grande se bate con una cuchara de madera la mantequilla durante diez minutos; enseguida se le agrega el azúcar y se bate diez minutos; luego se agregan cuatro huevos uno a uno y siempre batiendo; después se agrega la harina y se mezcla bien; se agrega el coco y más harina, mezclando siempre hasta que la pasta no se pegue en los dedos. Se hacen con la mano galletitas aplastadas como de un centímetro de gruesas y se van colocando en cazolejas untadas de manteca y se meten al horno con calor regular hasta que estén bien doradas, se sacan del horno y se despegan inmediatamente de la cazoleja con un cuchillo.

ALMAS RECIAS

(Continuación)

—Yo no rehuyo cumplir mis obligaciones— respondió con altivez el señor De Aledo—y como quiera que mi pupila tiene una fortuna personal considerable, estoy dispuesto a señalarle la asignación que estimen ustedes necesaria para que viva en sus posesiones del campo, o en una capital (a su elección), con todo el decoro y la abundancia a que tiene derecho...

—Es decir, que te desembarazas de ella como de un objeto...—murmuró la baronesa disgustada.

—Yo no tengo la obligación de introducir a esa muchacha en mi casa, ni en mi vida íntima; que se le busquen criados, un ama de llaves, una señorita de compañía... lo que necesite... Y que viva su vida, que ha de ser por fuerza una vida paralela a la mía.

—Eso es. Y que se muera de pena y de vergüenza la pobrecita, viendo cómo reniegan de ella, tan sin razón, los que llevan su sangre.

Esta viva explosión de María Elena, dejó un punto desconcertado al marqués, y el cura aprovechó el momento para introducirse como una cuña.

—Mire usted, señor marqués; yo reconozco, y María Elena también, que mirado el punto de vista legal, usted no tiene ninguna obligación de traerse a vivir con usted a la condesita de Solvadal. Pero usted no me negará que visto ese mismo asunto a través del prisma de nuestras conciencias cristianas..., usted, que es un perfecto cristiano y tiene una conciencia muy recta..., pesan sobre usted grandes obligaciones y grandes responsabilidades de orden moral... Eso sin contar con que usted no es solamente el tutor de Reina; es usted su abuelo, y también bajo ese aspecto tiene usted deberes que cumplir; deberes impuestos por la sangre, cuya voz, siquiera por humanidad, debe usted oír.

—Si a usted le parece bien, señor cura, dejemos este aspecto de la cuestión para más adelante—opuso un tanto calmado ya el anciano, quien, como todos los caracteres violentos, atendía razones después de desfogarse en una primera explosión.

María Elena miró a don Esteban rápidamente, aconsejándole el valor y la franqueza,

y el cura, irguiendo su menguada figurilla, habló con la serenidad del que tiene por hábito decir las verdades, gusten o no gusten a quien las oye.

—Pues continuemos mirándola bajo el solo aspecto de tutor, como usted desea, señor marqués. Supongamos por un momento que usted instala a Reina lujosamente en su casa de Solvadal, o en un hotelito moderno de cualquiera capital de España, o del Extranjero. Hemos quedado en que las leyes no le obligan a usted a nada más.

—A nada más.

—Bien. Piense usted ahora en la soledad espantosa de esa pobre alma que tiene hambre y sed de compañía, que no sabe lo que son besos, ni caricias, ni cariño de familia... Considere usted que esa muchacha está en plena juventud fogosa y ardiente que caminará sin freno de autoridad ni de amor por la pendiente peligrosa de la vida vana, donde su condición social va a colocarla, y que se necesitará un verdadero milagro de la divina Providencia para sacarla sana y salva del fuego donde se queman tantas muchachas hoy en día; y eso que aquellas tienen padre y madre y familia que las guarden. Imagine usted lo que puede ser de esta infeliz entregada a sí misma.

Don Esteban hizo una pausa pequeña, durante la cual, María Elena y él, exploraron el efecto que las anteriores consideraciones causaban en don Juan. Y vieron que había recatado los ojos bajo los amarillos párpados, y que las manos le temblaban un poco, cruzadas sobre la gruesa manta que le envolvía las piernas. Con las cuales manifiestas muestras de emoción, el cura cobró ánimos y reanudó el ataque, no sin que la baronesa lo iniciara con una frase enérgica que no fué capaz de contener:

—¡Bonito está hoy el mundo para dejar suelta en él, sin rey ni Roque, a una muchacha guapa, rica y viva de genio!

—Sí, señor, mi señor don Juan. Usted ignora, porque está metido en este panteón, cómo se ha desmoralizado la gente, y cómo se han perdido las buenas costumbres, y cómo se han relajado las conciencias en este am-

biente deletéreo que corrompe nuestras sociedades. Todas: las bajas y las altas. Yo tampoco tengo los mayores motivos para saberlo, porque el pueblo de Aledo no es precisamente París, y dicho se está que la desmoralización donde más se advierte es en los grandes centros de población; pero, así y todo, algunos ramalazos llegan al lugar, y ahí está el confesorio que da la medida... Es una temeridad, señor marqués, lo que usted intenta; es tentar a Dios, sencillamente. Y si por acaso esa muchacha se contaminara, ¡y a pesar de sus buenos principios comprometiese su eterna salvación, ¿cree usted que Dios nuestro Señor no le exigiría a usted esas responsabilidades de orden moral, que no porque las leyes le eximan a usted de ellas dejan de existir? La moral y el código de los hombres distan tanto de la moral y el código de Dios!... Y usted está ya demasiado cerca del día de la verdad: aquel día en que al comparecer ante la Divina Justicia, de nada servirán esos subterfugios pueriles, esos inútiles pretextos con que intentamos ahora adormecer las reclamaciones de nuestra conciencia...

—Esos pretextos a que usted se refiere, don Esteban—murmuró con perfecta calma el caballero—no son excusas del egoísmo que rehuye un deber; es, sencillamente, que no puedo hacerme el ánimo de introducir en mi casa a esa pobre criatura que lleva un nombre cordialmente aborrecido por mí, y que encarna todo un pasado amargo y doloroso que me ha destrozado la vida...

—¿Y no es una forma del egoísmo ese miedo que tiene usted de sufrir a la sola vista de Reina? ¿Y no hay rencor y orgullo, que no son otra cosa más que egoísmo disfrazado, en el fondo de ese odio legendario al nombre de Solvada! ¿Y vale la pena de que por rencor, por orgullo, por egoísmo, se exponga a una criatura indefensa a los ataques del mundo? ¿Y usted cree que, si cae, van a servirle de algo esas donosas razones ante el tribunal de Dios?... Mire usted, señor marqués, que a mí, después de todo, ni me va ni me viene: allá usted. Pero créame que al hablar en la forma que lo hago, aunque a usted le parezca que abogo por Reina, es por usted, señor marqués, por quien miro. Quizá me cueste perder en la estimación de usted al tocar un asunto que tiene usted vedado

tratar en su presencia; pero yo, amigo don Juan, tengo también mis obligaciones morales (esas obligaciones que no están en ningún libro más que en el de la conciencia), y entiendo que mi deber de buen pastor me obliga a guardar del lobo las ovejas. Y como veo venir al lobo disfrazado de dignidades falsas que no son más que orgullo, y de rencores añejos que sólo son egoísmos, y de esa venida del lobo puede resultar que usted rehuya sus deberes y haga caso omiso de sus responsabilidades, poniendo en grave aprieto la salvación de dos almas (la de usted encendida en el odio y la de Reina sumida en la tibieza de la vida frívola sino caía en el fango de algo irremediable), vengo a decir las verdades, aunque resulten amargas. ¿Comprende usted? No a regalarle a usted el oído, porque yo no soy orador elocuente, sino un pobre cura de Misa y olla; no a recitarle versos, sino a predicarle el Evangelio como Cristo lo predicó a las multitudes. Y ¡ay de aquellos que tienen oídos y no oyen, señor don Juan!

María Elena estaba temblorosa; muchas veces le había preocupado el estado psíquico de su padre. Excelente cristiano, que no toleraba la más mínima falta de religión ni a sus familiares ni a sus subordinados, católico convencido que prestaba su apoyo y su dinero a cuanto fuese obra de propaganda y acción social, pero, con espanto e inquietud de la hija, y del cura, su grande amigo, no se acercaba jamás ni al comulgatorio ni al confesorio.

El estar impedido no era una razón ya que se celebraba Misa en la capilla del palacio de Aledo todos los días, y allí hubiese podido el marqués recibir muy bien los sacramentos, sin moverse de su sillón de ruedas. Algo misterioso y terrible debía haber en el fondo de aquel alejamiento pertinaz. Y él no ignoraba, perfectamente instruido como estaba en la religión, que estaba comprometiendo su salvación eterna. Tal vez por eso las últimas palabras del cura le estremecieron hondamente.

—Según eso, usted cree firmemente que esto es un verdadero caso de conciencia?—preguntó mirando al sacerdote, cara a cara.

—A mi entender, sí, señor. Reina no tiene en absoluto parientes por parte de padre, y si alguno la queda, es tan lejano, que casi no merece la pena tenerlo en cuenta. Sola-

mente le quedan usted y la señora baronesa de Tallares, aquí presente. En conciencia, a uno de los dos corresponde hacerse cargo de la muchacha.

—Por mi parte no rehuyo la obligación, señor cura—afirmó decidida María Elena.

—Pero traértela tú, sería lo mismo que traérmela yo, puesto que tú vives conmigo...—sonrió el marqués.

—Por eso sería lo más sencillo que te la trajeses tú y viviésemos todos en santa paz—insinuó María Elena—. Después de todo, ¿qué pena puede darte Reina? Procuraremos que esté contigo lo menos posible, si su presencia te molesta; aunque pasada la primera impresión no creo que te resulte tan desagradable, ¡pobre criatura!

—Ella no debe nada, ya lo sé; ella no pidió venir al mundo; ella no tiene la culpa de que su padre fuese un orgulloso y su madre una desgraciada...—suspiró lentamente don Juan.—Pero, al verla, se ha de remover todo el peso del dolor que, en estos últimos años, se había hundido quietamente en la copa de mi alma.

—Todos llevamos nuestro fardo de amarguras auestas, papá—murmuró María Elena.—En unos es castigo; en otros, merecimiento. Depende de cómo le llevemos. ¿Por qué no haces del látigo con que la Providencia te azota una cruz, y le pides al señor que te ayude a llevarla? Así, el instrumento de tortura, lo trocaría la resignación en medio predestinativo.

—¿Podría?—preguntó el marqués volviéndose rápido hacia el sacerdote, con una ansiedad tan sincera que sorprendió a los dos.

—Se puede todo lo que se quiere, y usted es hombre de voluntad muy templada; usted es, precisamente, de la madera de que se hicieron los santos. Caracteres violentos, todo fuego, todo fibra, en los cuales la lucha adquiere proporciones heroicas: almas estupendamente dotadas que no tienen término medio. O son grandes santos o grandes réprobos... Después de todo, señor don Juan, el edificio de nuestra vida eterna está en nuestras propias manos; somos los arquitectos del antro o del alcázar... ¿Por qué no hemos de preferir lo mejor?

—¿Y vencerse?—clamó angustiado el pobre anciano en lucha ya desesperada con las in-

clinaciones de la gracia, que, por una rendijita, querían iluminar su interior.—¡Cuesta tanto vencerse! Y mis energías están ya hechas polvo en la brega de una vida larga. Usted y mi hija han podido creer hace un momento, que yo soy un hombre sin sentimiento, cuando me resistía a recibir a Reina en mi casa, y bien sabe Dios que en el fondo de mi alma la piedad y la ternura se han conservado íntegras, pese a la tragedia de mi vida. Quizá por amar tanto, por poseer tanta receptividad sentimental, sufrí tan cruelmente hace diez y nueve años.

Hubo un momento largo y difícil... María Elena contuvo una pregunta. No fué necesaria. El señor Dé Aledo sentía la necesidad de expansionarse en una confidencia, que siempre recató. Estilizadas las facciones por la intensidad del sufrimiento interior y velada un tanto la voz por la pena, el marqués cogió el hilo de su amarga narración.

—Yo tenía una hija... (no te ofendas tú, Marilena). Yo tenía una hija que era mi chifladura. Cuando al nacer Marilena se murió mi mujer, de quien estaba yo por cierto profundísimamente enamorado, aquella criatura fué mi salvación. Dios y yo sabemos las horas de desesperación que yo viví; y ella con su cariño, con su comprensividad, con sus pequeñas atenciones, me consoló en la medida que sus fuerzas alcanzaron. Ya mayorcita, tuve que separarme de ella para que la educasen... Fué en el mismo colegio en que hoy está Reina. El día que salió para reunirse conmigo, fué uno de los más felices de mi vida; señor Cura, puede usted creerlo.

Hizo un descanso el marqués, rememorando con deleite el imaginado momento de la llegada de Reina, sus besos, sus gritos de alegría... Y este alborozo, aun a través del recuerdo, se plasmó en su rostro estilizado. Luego, continuó.

—Reina se parecía a su madre en cara, en tipo y en carácter; fué tu madrecita, Marilena, desde que llegó, y ella misma te empezó a educar, robando mucho tiempo a las diversiones mundanas, a las que no era muy aficionada.

Sin embargo, no podía excusarse de concurrir a algunas donde la acompañaba yo. Cada una de estas salidas fue coronada por un éxito: era muy guapa y se vestía muy bien. Yo estaba orgulloso y satisfecho de ella,

—Ya, ya sé que era una mujer de gran precio—afirmó don Esteban.

—Así vivimos tres años, que me parecieron tres días. ¿Por qué pasará el tiempo tan a prisa cuando somos felices? Y un verano, que por capricho mío vinimos a pasarlo a esta casa (¡ojalá no la hubiésemos pisado jamás!), conoció Reina a Jaime Solvadal.

—¿El que luego fue su marido?—interrogó el párroco.

Conociase claramente lo violento que le resultaba al marqués llegar a este punto de su narración. Pasaba por ella como sobre ascuas. —Solvadal era un muchacho guapo y dotado de una atrayente simpatía; su nobleza en nada desmerecía de la nuestra; era rico y prestaba servicio como oficial de la Armada en un crucero de guerra.

—¿Entonces?

—Había entre nuestras dos casas una de esas enemistades profundas, cuyas raíces son tan antiguas que, en realidad, no sabré decir a usted cuál fué el verdadero origen de tal desacuerdo: lo que sí puedo afirmarle es que siempre las familias de Solvadal y de Aledo se encontraron frente a frente y fueron rivales: en amor, en política, en intereses... Yo sostuve un pleito con el padre de Jaime sobre la propiedad de unos terrenos donde él encontró unas canteras de mármol. El litigio fué encarnizado, y lo perdí con costas. Imagine usted a los cuatro años de ocurrir esto, con qué gusto vería yo las relaciones de mi hija con un Solvadal. Además estaba celoso: no podía hacerme la idea de que un extraño viniese a arrebatarle aquello que yo había criado con tanto amor y en quien tenía puestas todas mis ilusiones. Yo deseaba casarla, claro, porque ella no tenía vocación de monja, pero casarla a mi gusto, con un muchacho que me fuese simpático, que consintiera en no apartarla de mi lado. Esto no había que esperarlo de Jaime, que sin duda tomaría esta pequeña venganza.

—¿Qué sabes tú?—protestó la baronesa—. Quizá el pobre muchacho estuviese lleno de buenos propósitos y animado por deseos conciliadores. Era un hombre muy pacífico y bondadoso.

—Sí; es fácil que yo cediese a una ofuscación que me impulsó a cometer un juicio temerario, pero el hecho es que así ocurrió. Y

me opuse con toda mi terquedad a aquellas relaciones de Reina.

—¡Pobre Reina! ¡Cuánto lloró...!—murmuró María Elena.

—Sí, debió pasar muy malos días. Se repitió la eterna historia de todos los matrimonios a disgusto... ¿para qué referirla? Ella fué terca; yo violento. Ella reclamó sus derechos, yo hice valer mi autoridad. Y así ocurrió que, agriadas y tirantes nuestras relaciones hasta el último extremo, al cumplir Reina la mayor edad, fué depositada por el juez en casa de mi hermana Teresa. Aquello lo sentí yo como un latigazo infamante en plena cara.

—Claro, sí... Debieron haber apelado antes por medio de algunas personas de influencia a una conciliación. El extremo fué imprudente... y molesto para usted, lo comprendo—asintió el cura.

—Obraron por sí y ante sí, sin encomendarse a Dios ni al diablo. El escandalazo fué enorme; las críticas me despedazaron, se me pintó como un padre cruel y desnaturalizado. En fin, la gente fantaseó de lo lindo. Todo aquello es lo que yo jamás he perdonado ni a Reina ni a Solvadal.

María Elena suspiró hondamente. Don Esteban tomó un polvo de rapé para disimular una leve emoción ante el dolor hondo del caballero herido en su amor de padre y en su dignidad de hombre.

—Se casaron al fin, sin dignarse enviarme un simple recado. Yo, naturalmente, no hice a mi hija el ajuar, no tanto por etiqueta o venganza [mezquindades que no creyeron ninguno de mis amigos], sino porque abrigaba todavía cierta esperanza de que llegaríamos a un acuerdo amistoso antes del casamiento.

—¿Y hubiese transigido?

—En vista de que era irremediable, sí, señor. Yo no hubiese llegado nunca al escándalo, como llegaron ellos.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Ocurrió algo que acabó de separarnos para siempre. Interpretando la falta del equipo de su mujer como una roñosería de mi parte, Solvadal hizo recoger hasta la última prenda, hasta el último objeto de los que Reina había llevado de mi casa al ir depositada a la de mi hermana Teresa, y me los envió dentro de un baúl sin una explicación. Mi amor propio sufrió una desgarradura terrible, señor Cura. Usted sabe que yo soy orgulloso...

La Virgen al pie de la Cruz

Estaba en honda agonía
al pie de la cruz, llorosa,
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho,
desconocido y deshecho,
el cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeron divididas
a no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.
Y por que culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y en el peñasco en que corre
avaro el viento la orea.
Allí, por tierra postrada,
moribunda y desolada,
la castísima María
con el suplicio abrasada,
la ardiente sangre bebía.
Y parado el mundo entero,
asombrado la miraba;
que sola en dolor tan fiero,
a su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.
—¡Ella llora, y yo pequé!...
¡Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué:
yo su sangre derramé
y manché la creación!
Yo le robé de tus brazos
sin respeto a su deidad,
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,

las entrañas a pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa
Tú, Madre de Dios, bendita,
pálida la faz de rosa
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.
No humana, de tigres fue;
que si te vieron acaso
los hombres en quien pequé
cual brezo que estorba el paso
te apartaron con el pie.
¡Tú hollada, Virgen, así!...
¡Tú que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de ti!
¡Tú de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!
¡Tú, llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!
¿Tus ojos llorosos tanto
cuando al sol prestan su luz?
¡Oh Madre! ¡Por tal quebranto
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

JOSE ZORRILLA

El Corazón

(Envío de la señorita Mariana Salazar M., de Cartago)

Son latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que va minando lentamente los cimientos de un edificio. El día que el ruido cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos, sólo arroja la sangre que nos da la vida.

Observadlo bien y veréis que cuando se siente apremiado, empuja hacia los ojos torrentes de lágrimas. El corazón puede decirse que es el cerebro de los sentimientos. La

cabeza nos dice: piensa; el corazón nos dice siente.

La inteligencia discurre, el corazón adivina. Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza. La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazón. La inteligencia más grande no vale tanto como un corazón hermoso.

SELGAS.

UTILES PARA ESCUELAS

y toda clase de Material para Enseñanza,
así como los nuevos TEXTOS OFICIALES:

Libros de Lectura de Costa Rica

se venden a precios muy favorables
en la

LIBRERIA LEHMANN (Sauter & Co.)

BOTICA VARGAS

Atiende las recetas con todo esmero y prontitud
Apartado 716 - Teléfono 2812

MEDICINAS FRESCAS Y PURAS
Surtido completo de todo artículo de patente

Despacho de los Doctores
CALDERON MUÑOZ y CALDERON GUARDIA

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Madres

DEXTRO MALTO

Es el mejor alimento para su niño

Su precio bajo, lo pone al
alcance de ricos y pobres.

Dr. M. FISCHER & Co.
Apartado 434 - San José

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA»
, de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
, de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131



QUESADA Y AMADOR FABRICA DE ESCOBAS

La más antigua

Gran variedad de cepillos
para todos los usos
del hogar.

Detrás del
Colegio Superior de Señoritas

TELEFONO 2879

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073